



## Knut Hamsun: Pan

Knut Hamsun nació en 1859 en Noruega. De origen campesino, ejerció diversos oficios y tuvo una vida errante y aventurera. En 1888 escribió su novela más famosa, *Sult* (Hambre), narración con rasgos autobiográficos que trata del hambre, la pobreza y el camino a la locura de un periodista con importantes desajustes físicos y psicológicos.

Vivió más de 92 años y sintió desde muy joven un impulso irrefrenable hacia la escritura. Idolatraba la vida bucólica y rechazaba a la gran ciudad pasando largas temporadas en una cabaña del bosque. Este entorno inspiró *Pan* o *La bendición de la tierra*, por la que obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1920. Su reputación cayó considerablemente por su apoyo al régimen nazi durante la II Guerra Mundial al que ofreció la medalla del premio Nobel como homenaje. Knut Hamsun es un escritor inaudito. Bajo una forma literaria clásica y un lenguaje rico y lleno de matices presenta un mensaje demoledor. Sus personajes se encuentran al límite de la normalidad y abocados a la desesperación. Son luchadores de la vida pero con un punto de anormalidad y brutalidad.

Se adivinan en él aspectos que desarrollaron más tarde Jack London o John Steinbeck con su realismo naturalista y su inconformismo así como la resistencia y el esfuerzo en la lucha por la vida. Pero también anuncia a Kafka por su sentido fantástico y surrealista. Sus descripciones alternan lo más crudo de la vida con lo más poético.

Reproducimos a continuación unos fragmentos de la novela *Pan*, que describe la estancia de un militar en un bosque al norte de Noruega donde se aprecia su cara más idílica. En ella aparecen descripciones de la naturaleza y el bosque de una gran sutileza, que contrastan con los arrebatos de violencia y muerte del protagonista de la novela, que está escrita a modo de diario.

Detrás ya he dicho que se expandía el inmenso bosque. Una alegría, una especie de gratitud hacia la belleza del paisaje, me penetraba el alma con sólo mirar los senderos olorosos de raíces y de hojas; el aroma acre de la resina, pesado como olor de medula, me excitaba a veces, y entonces iba a tranquilizar mis sentidos bajo los árboles inmensos, donde, poco a poco, todo se transformaba dentro de mí en armonía y serena pujanza. Diariamente recorría las frondosas colinas; y en mi espíritu no había otro anhelo que el de que aquellos paseos por entre el barro y la nieve se prolongasen indefinidamente. Mi único compañero en ellas era Esopo; hoy es Cora quien templa mis desvelos de solitario; pero en aquel tiempo sólo iba con Esopo, mi perro, al que maté después.

(.../...)

El bosque me pareció más nuevo, más verde; por doquiera olía a tierra húmeda y a árboles retoñantes. Hasta de las ciénagas surgían ramas y flores de suaves matices. Algo aturdido por aquel esplendor, anduve largo rato, me senté a descansar con un mosconeo leve en las sienes, y volví a emprender la caminata.

(.../...)

Aún me quedan dos horas para andar y reposar, y este lapso, a veces tan breve, me intranquiliza. Sacudo mi ropa salpicada de briznas de hierba, y me aventuro en un sendero, donde todo me parece amical, acogedor: las ramas, los recordos, las piedras, han estado durante mi ausencia como yo las dejé: las hojas crujen bajo mis pasos. Y la envolvente calma, el mismo susurro suave que en vez de turbarla la

realza, los detalles no observados hasta hoy del paisaje, me halagan el alma cual una caricia, y una gratitud pura me penetra, cual si todo quisiera darme una bienvenida de hecho, mezclarse a mí, decirme en el lenguaje mudo de las cosas algo muy afectuoso y profundo.

Movido por esta ternura que impele mi amor hacia las cosas más menudas, me inclino y recojo una ramilla seca: está casi podrida, su endeble corteza no ha podido preservarla de la muerte... Al proseguir, no la tiro lejos, sino que vuelvo a inclinarme para dejarla en el mismo sitio, sin violencia, como si fuera un ser sensible; y aún antes de alejarme, me vuelvo a mirarla con los ojos nublados; sin darme plena cuenta de que hay una fuerza ingenua, grande y nueva en mí, que me dicta esta ternura y este adiós.

(.../...)



Voy a pasos perezosos, complaciéndome en oír el murmullo casi vivo de las hojas en los árboles y el muerto murmullo que producen bajo mis pies. El tiempo pasa lentamente, lentamente.

(.../...)

Sin incidentes memorables, pasaron algunos días y nunca como en ellos sentí la soledad y la indiferencia del vasto silencio que me rodeaba.

La primavera espléndida ya con plenitud de ardor, e innumerables hojas tiernas verdecían los prados, engalanados con las más tempranas florecillas. La quietud era tan profunda que, a veces, sacaba del bolsillo algunas monedas y me ponía a entorchocarlas para interrumpir el silencio. Un efluvio terrenal y antiguo emanaba todas las cosas, y sin saber por qué, imágenes legendarias venían a mi recuerdo, haciéndome pensar:

“¡Si Diderico e Iselina se me apareciesen de pronto, marchando juntos por cualquiera de estas veredas!” Las noches habían ido acortando hasta extinguirse, el sol, después de hundir su disco de fuego en el mar, reaparecía inmediatamente, dorado y rojo, cual si el baño lo hubiese restaurado. Al llegar a este momento

solemne en que, tras la sideral ablución, la Naturaleza revestíase de un esplendor nuevo, las sienas me bordoneaban y multitud de ideas quiméricas pasaban por mi mente en tropel...

Antojábaseme que el dios Pan, cabalgando en una de las ramas más gruesas del bosque, observaba con irónica complacencia mis gestos.

¿Por qué tomaba grotescas posturas, apareciéndome tan pronto felinamente

replegado, como en la actitud imposible de tener el vientre abierto y de ir a beber en la fuente extraña de su ombligo? Me espiaba sonriendo, callado, y cuando mi meditación degeneraba en una quietud sin pensamiento alguno, bamboleaba el árbol que le servía de cabalgadura para traerme a la realidad.

El bosque entero estremecíase en una vibración pánica; relinchos de brutos, sensuales llamadas de pájaros, indudables e incomprensibles signos de seres y cosas... El susurro torpe de los patos mezclábase al zumbar de las falenas, y algo como un balbuceo de resurrección corría de hoja en hoja... ¡Cuántas voces misteriosas, profundas y dignas de ser escuchadas! Estuve más de cincuenta horas sin dormir, y a modo de ritornelo tenaz, las imágenes de

Diderico e Iselina volvían de tiempo en tiempo.

(.../...)

Le explico el placer puro de vivir en el bosque, haciéndome la ilusión de ser hijo de la Naturaleza. A partir del primero de junio, la caza de conejos y liebres y la caza con liga están prohibidas, y para no infringir la ley ni encarnizarme en pájaros baldíos, me alimento de pesca.

(.../...)

—¡Si usted supiera cuántas cosas descubro en mis paseos solitarios! En invierno distingo en la nieve las huellas de los pajarillos, siguiéndoles hasta donde batieron las alas, no sin dejarme, por la dirección fácilmente descifrable del vuelo, indicaciones del mejor camino para hallar madrigueras de conejos y liebres. Con ser tan nimio esto que acabo de decirle, ofrece un interés nuevo cada vez... En otoño, el cielo es de noche más fúlgido y se desprenden de él estrellas que ponen en el espacio momentáneas rayas de plata; y al verlas, me digo: “¿Será algún mundo en convulsión, a cuyo despedazamiento asisto, pobre hombre solitario, perdido en otro mundo que acaso se despedace también algún día...?”

En verano veo hasta en las hojas más chicas agitarse animales minúsculos: unos carecen de alas y permanecen largas horas inmóviles; viven y mueren sobre la misma hoja en que nacen. ¿Se da cuenta de esta ejemplar maravilla? Infinidad de bichejos, prodigiosamente activos, surgen de todos lados: insectos desconocidos, moscas azules...

(.../...)

—A veces me divierto en contemplar durante mucho rato alguna planta, con el temor recóndito de que ella me está también mirando. ¡Qué sabemos de la extensión de su vida indudable! ¿No le parece? Y cuando cualquier hierbecilla tiembla, me digo: “He aquí que palpita...” ¡Ah, el bosque! En cada



# rincón literario



árbol hay por lo menos una rama capaz de hacer ensoñar durante muchas horas... Y, además, cuando creo estar más solo y feliz en ese aislamiento, me encuentro con alguien en el recodo de un camino.

(.../...)

Después de comer salgo a la puerta a escuchar el silencio. Miríadas de luciérnagas ponen en el aire una claridad lentísima; las hierbas y las flores tienen movimientos lentísimos; se siente vivir a las cosas mudas; un arbusto florece, y en la noche es algo maravilloso el nacimiento de aquella flor modesta, hacia la cual va mi ternura, casi segura de ser correspondida... ¡Gracias, Dios mío, por todas las flores que me has permitiendo ver en el mundo! ¡No por las flores lozanas y presuntuosas de los jardines, sino

por las flores humildes, que son el ornato del bosque: por esta florecilla violeta, por esta campanilla azul tan tenue, por estos clavelillos salvajes que dan generosamente su perfume, por estas flores anchas, blancas y castas, que ahora se abren en el silencio con un temblor de cálices, que me hace pensar que, en pago de mi amor, me has permitido verlas respirar...

Insectos golosos van de unas a otras, haciéndolas agitarse, a modo de pétalos embriagados y vivos...

—¿Te has fijado, Eduarda, en cuán agitado está el bosque esta noche? Rumores vagos recorren los árboles; el césped se comba, se riza, se estremece; las hojas grandes tiemblan con temblor torpe; diríase que alguna cosa oculta se elabora en la selva... Un pájaro canta, y la brisa lleva su mensaje de amor. Hace ya dos noches que viene a cantar al

mismo sitio, insistente, fiel... ¿No te complace escuchar su gorjeo?

(.../...)

Jamás olvidaré la mañana feliz en que, repuesto ya, volví a penetrar en el bosque, a sentirme solo entre el vasto rumor de los árboles, donde todo — insectos, hojas, ramas — parecía acogerme como a un hijo pródigo a quien se le da la tierna bienvenida, mezclada con algo de reproche. Aún estaba débil y, sin embargo, la dicha multiplicaba mis energías, y mis sentidos armonizábanse tan bien con la calma de la Naturaleza que, sin causa aparente, la emoción subió del corazón y se cuajó en lágrimas entre mis párpados; lágrimas de gratitud hacia el paisaje, cuyos brazos, cual los de un ser vivo, férvido y discreto, me estrechaban silenciosos y cariñosos... ¡Que la paz divina sea



Voy hacia la playa, paso ante las cabañas de los pescadores, embarco otra vez, y al caer el crepúsculo estoy ya en mi albergue, compartiendo con Esopo la cena para volver en seguida al bosque, del que sale una brisa perfumada que me acaricia y pone nuevas bendiciones en mis labios.

“Bendito seas, céfiro viajero, por haber volado hasta mí, por haberte llevado los pensamientos oscuros, por haber acelerado la sangre de mis venas y el ritmo de mi corazón, que también parece decirte en su precipitado latir: «¡Gracias..., gracias!»” Rendido de fatiga me tiendo sobre la hierba, y Esopo toma sitio a mi lado, el sueño cierra casi en seguida mis ojos, y sutiles imágenes, en concordancia con mis sensaciones, empiezan a pasar por la imaginación, que, acaso, debiera reposar también. Oigo campanas de argentino sonar, y al final de una perspectiva marina veo erguirse una montaña. De súbito me pongo a rezar dos oraciones: una por mi perro, la otra por mí; y heme aquí sin viaje alguno, en la falda del elevado monte, dispuesto a subirlo, cuando la puerta de mi cabaña se bate con estrépito y me despierta...



Fotos: de la película *Skalter*, de Andrei Tarkovski

Foto inferior: Knut Hamsun

siempre contigo, bosque venerable y balsámico, que te entras en las almas y las agrandas y confortas...! Solo entre rumorosa quietud, me vuelvo hacia todas partes y saludo por su nombre a las flores, a los gusanillos minúsculos que serpean por las hojas, a los pájaros que pasan chillones entre las últimas copas de los árboles y el cielo fúlgido; miro hacia las cúspides de las montañas, y me parece que desde ellas una voz amiga y sin sexo me llama con tal solicitud que me veo obligado a responderle: “¡Ya voy, ya voy; no creáis que olvidé en mi prisión de enfermo dónde se encuentran los nidos mejores, los de las aves de presa que vuelan cara al sol; no creáis que mis pulmones renunciaron al ansia de sentirse dilatados en las cimas donde el aire es más áspero, más luminoso, más sutil!”

(.../...)

¡Benditos sean la vida, la tierra, el cielo y hasta mis enemigos! En todo cuanto hay de bueno en el paisaje y en el pensamiento, se diluye mi alma, impulsada por un optimismo infinito que la mejora; y si en este

minuto de plenitud se llegase hasta mí el más enconado de mis adversarios, me arrodillaría sonriendo ante él y le anudaría los cordones de sus botas... De una de las embarcaciones de la flotilla del señor Mack se alza un canto de marinero, que entra también en mi alma por el oído, cual entra el sol alegre por los ojos.

